nas mi Padre Provincial, que fué á vernos cuanto llegamos, le significó su voluntad de que pasara por aquí antes de ir á Ávila, se animó en términos que hablaba de partir al día siguiente, y lo que por ruegos nuestros se ha detenido, le ha costado gran violencia.

—¿No le contrarió el deseo de Fr. Antonio?

—Ni en lo más mínimo. ¿No sabe vuesa merced que es la enamorada de la obediencia?

—Sí; mas á pesar de ello, tenía mis temores de que le disgustara el empeño de la señora Duquesa, siquiera por lo que retarda la vuelta á su ciudad natal.

—¡Oh, no! Todo lo que sea complacer á tan piadosa dama, es regalo para el agradecido corazón de nuestra Madre; la que verdaderamente anhela ahora no seguir el viaje soy yo. Quisiera dar lugar á que mejorara con la tranquilidad del convento, y no exponerme otra vez á susto y pena como el pasado. ¡Si vuesa merced la hubiera visto! Cierto que ahora parece mejor, pero creo que están contados sus días sobre la tierra.

Teresa Láiz se estremeció al escuchar estas palabras.

—Es su naturaleza robusta y fuerte todavía,—murmuró,—y quizá el Cielo la dilate la vida largos años.

—¡Plegue al Señor logremos esta ventura, mas no lo espero! ¿Olvida vuesa merced sus trabajos, enfermedades y continuas penitencias, y sobre todo el amor á Dios, ardiente é infinito que abrasa su pecho, cuya intensidad crece de modo que no basta nada á satisfacerle? «Me veo morir de deseo de ver á Dios,—decíame no ha mucho,—y no sé dónde he de buscar esta vida sino es en la muerte.» (Vida de la Santa Madre escrita por ella misma, cap. XXIX, núm. 7.)

—¡Oh bendita Madre nuestra? ¿Cómo resignarse á la idea de su falta?

—Si tales son los sentimientos de vuesa merced, ¿qué serán los de sus Hijas? En cuanto á mí, le afirmo que, ausente de ella, soy cuerpo sin alma, y no extrañe el encarecimiento; que podría decirle cosas que le hicieran entender la razón con que le hablo.

—Dígalas, hermana; nada me admira tratándose de la Madre Teresa de Jesús.

—Estaba yo enferma en Avila cuando se disponía el viaje para Burgos, y tan enferma que no podía levantar la cabeza de la almohada; la víspera de la marcha se acercó nuestra Madre á mi lecho, y con semblante alegre me dijo: «Vaya, hermana, anímese, que mañana nos vamos.» Yo le respondí: «¿Cómo puede ser eso, Madre, si estoy mala?» «Pues vea lo que ha de hacer,—me contestó,—porque no admito retardo.» Fuése, y yo quedé batallando con la obediencia y el mal. Me dormí, y á media noche desperté con la cabeza despejada, ágil y con tan buen ánimo que nunca me había sentido mejor; al amanecer nos pusimos en camino, y no he vuelto á sentirme de nada.

—¡Es asombroso!—exclamó Teresa Láiz.

—En Burgos experimenté otra maravilla,—prosiguió la religiosa:—nunca he leído sino muy mal en libro de romance con letra gorda y clara; escribir menos, y me causaba una pena ver á mi santa Madre trabajar noches enteras en con-

testar su correspondencia, que mientras ella lo hacía lloraba yo en un rincón por lo inútil que le era. Una vez le dije: «¡Ay! Si yo supiera, ¡cómo le trasladaría algo!» Se sonrió, y me contestó: «Pruebe á hacerlo.» «Déme algo que copiar.» Me dió algunos renglones, los copié una y otra vez, y al día siguiente escribía de corrido.

—¿De modo que suya es la letra de las últimas cartas? — preguntó llena de asombro la esposa de Velázquez.

—Mía y no mía, — respondió humildemente Ana de San Bartolomé;—la mano que la traza, es ésta; la virtud que la guía, es de mi santa Madre.

V

La llegada de una dueña interrumpió esta conversación.

—Mi señora ruega á vuesas mercedes que pasen á su cámara,—les dijo.

Teresa Láiz y la freila se apresuraron á obedecer.

—Su reverencia quiere retirarse, —dijo Doña María Enríquez á esta última, — y antes que lo haga deseo dar gracias á vuesa merced por lo que ha hecho en el camino para alivio y regalo de su Prelada; pues le aseguro estimo en más lo que sirven á esta buena Madre mía, que si fuera yo quien recibiera los favores.

Ana de San Bartolomé se inclinó respetuosamente, y contestó:

—Si su señoría comprende el gusto con que cumplo deberes que me son tan gratos, no manifieste agradecimiento por ellos.

—¡Buena y fiel amiga!—murmuró la Duquesa.—¡Cuán diferentes son estos lazos, de los que se forman en el mundo que me rodea!

Pareció durante algún rato como abrumada por sus pensamientos; después dijo á la fundadora con una leve sonrisa:

—Debería enojarme con su reverencia porque me ha obligado hasta á suplicarle para que acepte algunas naderías; y no contenta con ello, se va á retirar sin permitir acompañarme á la mesa.

—¡Oh, señora!—repuso con humildad la santa Madre, cuyo malestar y palidez se hacían por momentos más visibles.—Perdóneme; mas como tengo monasterio en este lugar, debo guardar mi regla y comer sólo cuando se coma en él.

—Entonces, permitid al menos que mande poner mi litera.

Teresa, de cansada, no se atrevió á rehusar; la Duquesa llamó, y su doncella de confianza entró al punto.

Mientras Doña María daba sus órdenes, la fundadora se levantó penosamente y se aproximó á Teresa Láiz.

—Tome vuesa merced, hija mía, — le dijo muy bajo, entregándole el paquete de alhajas que la Duquesa se empeñó en regalarle; — devuelva esto á mi señora Doña María cuando yo me halle en el convento, y calle hasta entonces, que sirve en ello á Nuestro Señor.

La esposa de Velázquez se inclinó en señal de asentimiento; guardó lo que le entregaban, y besó con efusión las manos de la santa Madre.

La Duquesa volvió, y dijo á su huéspeda mostrándole las viandas:

—¿Pero de veras no tomará ni un bizcocho?

Teresa de Jesús hizo una señal negativa, y Ana de San Bartolomé se inclinó para decir muy quedo á la esposa de Velázquez:

—No será porque no lo necesite, pues desde ayer sólo ha comido unas berzas mal aderezadas, y en los días anteriores higos secos.

VI

Por favor especial, y como prueba de lo que importaba á la Comunidad el gran acontecimiento, la priora de la Asunción había mandado que no se tocara á silencio hasta después de la llegada de la santa Madre.

Oficiosos avisos habían dicho en el torno su venida y detención en el palacio de Alba, y todas procuraban rivalizar en celo para adornar la clausura prontamente.

Era poco antes de oraciones, y desde el cielo tranquilo esparcía la luna, en su primer creciente, rayos de pálida luz, que iluminaban el ancho patio donde se hallaba el pozo que describimos al tratar de esta fundación; pero el inculto solar se había convertido, gracias á inteligentes cuidados, en deleitoso, verjel poblado de crecidos árboles; rosales y madreselvas cubrían las paredes; el suelo ostentaba verde alfombra de crecido musgo, y para que nada faltase al profético sueño de Teresa Láiz, dos religiosas, blancas flores del místico jardín, conversaban apoyadas en el grueso brocal del pozo.

El asunto de su plática debía ser triste, porque, al resplandor de la luna, brillaban las lágrimas que lentamente se deslizaban por las mejillas de una de ellas, que, aunque muy joven, se ornaba ya con el sagrado velo de profesa.

—Todavía la he visto esta noche, —decía la otra de menos edad, que era novicia;—pero hace un rato que se ocultó misteriosamente como aparece. Es una estrella mayor que las demás, y de un resplandor que asombra; permanece algún tiempo fija sobre la iglesia, y se pierde hasta el siguiente día.

—Yo también la he reparado, y por cierto que al principio, viéndola tan hermosa, no quería apartar de ella los ojos; —respondió tímidamente la profesa; —pero ahora, cuanto más la miro, más segura estoy de que Dios la envía para anunciar á nuestra Orden algún grave suceso.

—¡Con tal que sea venturoso! Pero la tristeza que me inspira no se aviene con la belleza del mensajero.

—¿Ha oído decir su reverencia que nuestra santa Madre se halla enferma?

—No, —repuso estremeciéndose la interrogada, —y por Nuestro Señor no me haga esa pregunta después de hablar de presagios.

—Súframe que lo diga aunque le pese; tristes presagios son los que hace tiempo nos apenan el ánimo; Catalina de la Concepción, cuando se recoge á orar, oye junto á sí un gemido leve y dulce, que bastantes lágrimas le cuesta; y no crea que esto es de ahora, sino desde el verano pasado.

Rumor de pasos y algunas palabras quedamente pronunciadas interrumpieron este diálo-

go; una freila que pasaba, exclamó con alegría:

—¡Ya está ahí!

En efecto: la Comunidad entera acudió á la portería para recibir á la fundadora, cuyo cadavérico semblante, iluminado de lleno por las hachas de cera que sostenían algunas religiosas, impresionó tristemente los corazones.

—¡Madre amada! ¡Madre nuestra!—repetían todos los labios.—¡Sea su reverencia bien venida entre nosotras! ¡Bendito sea el Señor que nos otorga esta dicha!

A pesar del ansia que tenían por besar sus manos y pedirle la bendición, el estado de abatimiento en que la hallaban abrevió las felicitaciones; apresuráronse á llevarla á la celda que le habían prevenido, y mientras unas acomodaban el humilde lecho, otras acudían con substancias y cordiales.

¡Qué dulce paz, qué extraño gozo inundaba el alma bendita de Teresa de Jesús! ¡Con qué amor contemplaba aquel santo asilo, isla de reposo en los mares de la vida, y baluarte firmísimo de la constancia y de la fe! ¡Cómo veía su espíritu de humildad y desasimiento de todo reflejado en los tranquilos y risueños semblantes de sus amadas hijas! ¡Eran las criaturas que había previsto, seres perfectos que á través de los siglos cantarían las alabanzas del Señor!

Un sopor dulce la rendía poco á poco; dejóse acostar, tomó lo que luego le ofrecieron, y se deleitó en la amargura de las medicinas para mortificar hasta en esto el cuerpo de que tan enemiga se mostraba, y al dejar caer sobre la almohada la cabeza murmuró:

—«¡Oh! ¡Válame Dios, hijas, y qué cansada me siento! Más ha de veinte años que no me he acostado tan temprano como ahora. ¡Bendito sea Dios, que he caído mala entre ellas!» (P. Yepes, tomo I, lib. II, fol. 468.)